



La desconfianza en la razón tiene un alto coste para nosotros: perdemos un recurso moral poderosísimo, sobre todo en un mundo incierto y convulso

No es una idea original mía, claro. Lo dice mucha gente. Pero el caso es que **carecemos de ideales morales, al menos en el caso de muchos de nuestros políticos, intelectuales y personajes públicos**, probablemente porque nuestra sociedad ha perdido esos ideales -la justicia, el pleno empleo, la igualdad de oportunidades para todos...- que nos movían hace unos años. Cuando esos personajes y los medios de comunicación que los jalean se enfrentan a problemas morales, lo hacen a distancia, de un modo calculador e instrumental: **los valores ya no cuentan mucho en la vida de las personas**, parecen decir. Y, claro, **la gente no sabe cómo hacer frente a los problemas morales de su vida diaria**. No sabemos cómo crear y desarrollar nuestras convicciones morales, al menos en la vida pública, sobre todo desde que relegamos la religión a la vida privada.

Lo que pasa es, a menudo, que **hemos cortado el vínculo de la razón con la moral**: ser una persona éticamente correcta no parece tener que ver con una razón, que ha quedado degradada por el oportunismo, el utilitarismo o el irracionalismo, como recordaban el Papa **Juan Pablo II**, su sucesor, **Benedicto XVI**, y el sucesor de este, **Francisco**.

Nuestra sociedad es una “sociedad del conocimiento”, no una “sociedad de ideas”, de las que no nos fiamos, ni sabemos qué hacer con ellas. Y esto nos lleva al cambio continuo: **las verdades son transitorias y relativas**, “así es si así os parece”, como dice el título de una obra teatral de **Luigi Pirandello**.

Pero la desconfianza en la razón tiene un alto coste para nosotros: **perdemos un recurso moral poderosísimo**, sobre todo en un mundo incierto y convulso. **Nos fiamos de lo que “es”, pero no sabemos dónde encontrar lo que “debe ser”**, porque **no tenemos ideales** que, de alguna manera, nos acerquen a ese “deber ser”. Porque los ideales no son ideas abstractas, generales, sino motores para vivir y para actuar, pegados a la realidad, que nos alejan del cinismo (la vida es así, te guste o no), y de la resignación en la que el cinismo desemboca. Quizás **deberíamos reconocer que somos sujetos morales**, movidos por el bien y no solo por la ley y la norma, o por el interés personal y la utilidad... Y, a continuación, poner nuestra razón a pensar en lo que debemos hacer, y por qué debemos hacerlo.

Antonio Argandoña, en iese.edu.